

WAL★MART

en Teotihuacán:

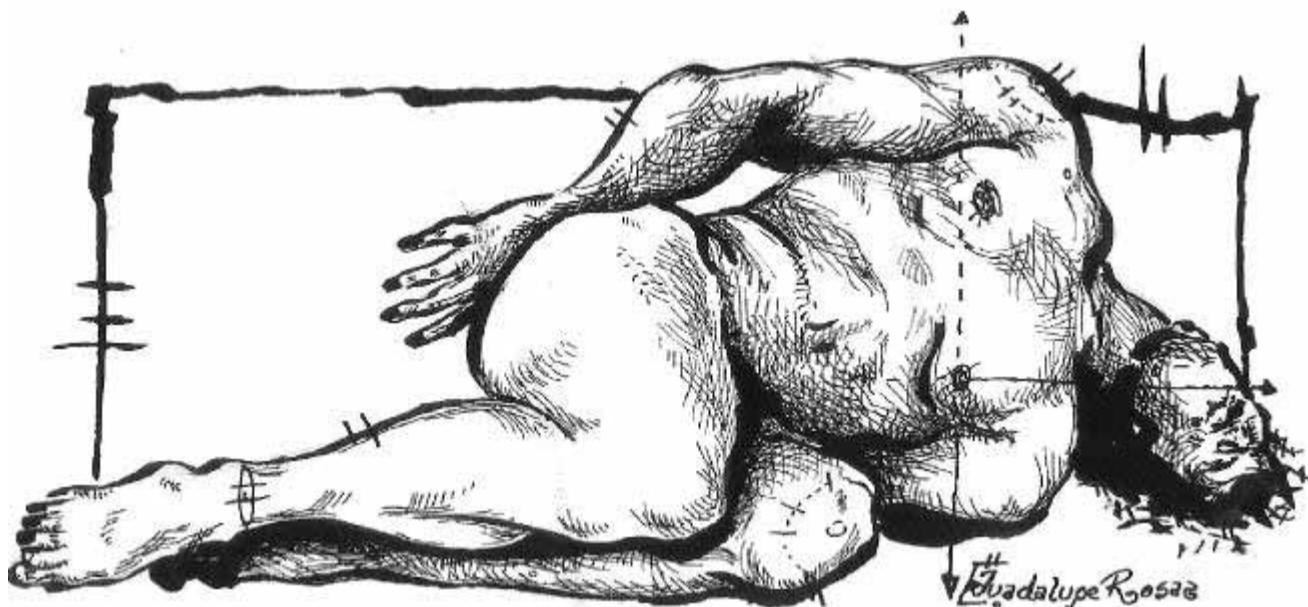
¿cuándo dejaremos los mexicanos de escupir hacia arriba?

MARTHA BÁTIZ ZUK

Todos los días consulto vía internet noticias de México, porque aunque vivo fuera me interesa siempre lo que sucede en nuestro país. Conozco otros mexicanos que, ya en Canadá, no se molestan en visitar en la red los periódicos nacionales, porque dicen que “no se quieren deprimir”. Sólo un día he estado de acuerdo con esta postura radical y hasta cierto punto irresponsable, y ese día fue cuando leí que ya casi está listo el supermercado Wal-Mart en la zona de Teotihuacan. Me pareció inconcebible la noticia. En primer lugar, ¿por qué darla a los medios cuando el supermercado ya está casi listo y a punto de ser inaugurado? Y en segundo lugar, ¿quién en su sano juicio pudo conceder los permisos correspondientes para construir semejante atrocidad arquitectónica/social/ética cerca de las pirámides cuya grandiosidad nos ha dado un sitio privilegiado a ojos del resto del mundo?

La última vez que estuve en Teotihuacan fue el dos de enero de 1999. Recuerdo la fecha porque mi intención era comenzar el año visitando el sitio más hermoso cercano a la ciudad de México, y no pude pensar en ningún lugar que le ganara a las pirámides. Fui sola, y

pasé una mañana tranquila, llena de vitalidad, comprando artesanías que aun conservo en mi casa de Toronto, y llenándome los ojos de los campos inmensos que se podían ver desde la cima de la pirámide del sol, respirando un aire delicioso. No he vuelto porque estoy esperando que mis hijas tengan la edad adecuada para disfrutar la expedición, y poder subir con ellas a la cúspide de la pirámide y contagiarlas del entusiasmo y del orgullo de nuestras raíces. Me llené de rabia cuando pensé que, tal vez el día que vayamos, desde el punto más alto podamos adivinar las letras azules del Wal-Mart, y como siempre sucede, de todos los demás negocios que se dejarán venir en cascada una vez que el escándalo por el primero haya sido silenciado. Tras leer esta noticia, todo el día estuve de mal humor, porque sentí que me estaban queriendo robar algo muy mío (y todos deberíamos sentirnos así): la hermosura del terreno alrededor de las pirámides, el sabor mexicano que debe tener todo aquello que se atreva a estar de pie cerca de ellas. Y con esto no quiero decir que una Bodega Comercial Mexicana habría sido menos grave. Todo aquello que viole el suelo sacro de nuestro pasado debe combatirse, porque si nosotros mismos no defendemos nuestra identidad, lo que somos y lo poco que nos queda, nadie va a respetarnos. La prueba feha-



Guadalupe Rosas

ciente es que desde hace mucho los gringos no nos respetan para nada, y eso, al menos a mí, me arde.

Cuando uno vive en México, no siempre se da cuenta de la enorme importancia que tiene, a nivel mundial, el legado cultural con que contamos en nuestro país, y que es un privilegio. Si desde tiempos de la Conquista tenemos marginados a nuestros indígenas, o en el mejor de los casos reducidos a ciudadanos de segunda clase (lo cual en un país de tercera, como el nuestro, es menos que poco halagador), pues casi es natural que las pirámides de Teotihuacan vean coronado su entorno con un supermercado gigante, de franquicia gringa. De por sí la mitad (¿o más?) del país lo tenemos concesionado a nuestros vecinos del norte, ¿no? Y toda comunidad que quiera sentirse importante tiene que tener su superzote, donde consiga ropa, enseres para el hogar, y de paso piñas y lechugas y frijoles gringos, llenos de pesticidas, pero a precio más competitivo porque nuestros agricultores no tienen apoyo para producir o para comerciar con sus productos a gran escala... Qué mal entendemos

en México el progreso. Porque en Estados Unidos sí, en efecto, toda comunidad por pequeña que sea tiene su Wal-Mart y su K-Mart y todas sus tiendotas de franquicia, siempre idénticas una a la otra: a los gringos les gusta lo que les resulta familiar. Les da confianza saber que, si van de Kentucky a Denver de vacaciones, en el camino siempre podrán refugiarse en los bien conocidos reinos del Home Depot, el Seven Eleven y Target, donde no tienen que preguntar siquiera dónde está lo que buscan. Viviendo en Texas me di cuenta de que esto se debe a que, a la mayoría de los gringos, no les gusta hacer esfuerzos que se salgan de su rutina habitual, ni mucho menos les gustan las novedades o lo exótico en su tierra. Por eso todas sus ciudades, salvo las pocas que son las más famosas y grandes, son iguales: como paisaje de fondo de caricatura de Don Gato, donde se avanzan kilómetros sin que el panorama varíe.

Entiendo que en las ciudades grandes de nuestro país se abran supermercados como Wal-Mart, ya que en cierto modo hacen la vida más fácil: conseguir todo lo

necesario en el mismo sitio ahorra tiempo y energía. Pero no me explico que las comunidades vecinas a Teotihuacan tengan la necesidad imperante de estar cerca de un Wal-Mart. Seguramente hay suficientes tiendas, farmacias y misceláneas en los alrededores para abastecer a los lugareños, y a nadie que ahí viva, y mucho menos que visite el sitio arqueológico, le urge un Wal-Mart para ir a comprar sus cubetas o sus tuercas o sus verduras o sus dividís. Y en definitiva la estructura cuadrada, enorme que requiere la tienda, afeará el paisaje considerablemente. Ya habían amenazado hace algún tiempo con construir un centro comercial en la zona de las pirámides, y ahora yo me pregunto cuál de los males es el menos, y si habría sido igual de indignante tener ahí tiendas de diseñador, en vez de un super de baratijas desechables como Wal-Mart. Por supuesto, cualquiera de las dos opciones es inadmisibile. La enorme diferencia que existe entre México y Estados Unidos es que nuestro país tiene siglos de vasta y rica historia, con monumentos como las pirámides que la gente visita desde todo el mundo. Estados Unidos, en cambio, arrasó con sus indígenas, que de cualquier forma no dejaron ninguna construcción permanente, pues eran nómadas y lo más que construían eran tipis, y son un país tan nuevo que cualquier cosa que tenga más de cincuenta años es considerado "histórico". Basta tomar una carretera gringa por unas cuantas horas, y se podrán observar los letreros cafés que designan los "lugares históricos" de cada región, que pueden ir desde una choza de la época de Laura Ingalls (restaurada, por supuesto, y con tienditas de souvenirs en el porche), hasta Graceland, la mansión de Elvis Presley, junto a la cual a nadie se le ocurriría erigir un Wal-Mart. Los gringos tienen una historia que data de pocos siglos, sin embargo, han sabido protegerla y hacerla más importante de lo que es, para sentirse orgullosos de la nación en que viven y su trayectoria. Es increíble la imaginación que tienen para sacarle jugo hasta al clavo que pisara alguna vez Cassius Clay:

todo lo que haya estado cerca de una persona famosa, o lo que tenga más de algunas cuantas décadas de antigüedad, es susceptible a convertirse en tesoro nacional. Esto implica dos cosas: la primera, que se le cuida, y la segunda, que se comercia con ella, pero sin dañar su estructura original ni afeár su entorno. Por eso no hay Wal-Mart en downtown Manhattan, ni en el centro de Nueva Orleans (y mucho menos cerca de una plantación). Si queremos copiar algo de los gringos, deberíamos de empezar por copiar estas cualidades, y dejar de escupir hacia arriba.

Los mexicanos, en cambio, tenemos mucho de que sentirnos legitimamente orgullosos, pero rara vez lo valoramos. Los sitios arqueológicos que tenemos en nuestro territorio no tienen par, salvo en tierras guatemaltecas, y además de los incas y los egipcios, la nuestra fue la única cultura que construyó monumentos perdurables de tales dimensiones. El hecho de que las autoridades en turno digan que el Wal-Mart (y para el caso, cualquier otra tienda de franquicia) puede construirse ahí "porque no hay ninguna ley que lo impida", es vergonzante: si esa ley no existe, tiene que crearse de inmediato, autorizarse, y demolerse la construcción aunque esté casi lista. Los dueños de Wal-Mart no son gente pobre; podrán reponerse de la pérdida económica que esto implique, y tal vez sea el tipo de lección que nuestros inversionistas/invasionistas necesitan enfrentar, para aprender que hay límites que no pueden transgredirse. Teotihuacan, en cambio, no podrá reponerse de la pérdida de autenticidad y de belleza que sufrirá su territorio una vez que este monstruo esté operando, y el mensaje que se estará enviando en el resto del país será que es perfectamente aceptable que las ruinas tengan su superzote, y pronto veremos el Wal-Mart Chichón Itzá, el Home Depot Palenque, y tal vez hasta el K-Mart con todo y su fronterísimo Taco Bell Casas Grandes. Toda violación será posible una vez que permitamos que ocurra la primera.

La carta abierta que enviaron los intelectuales mexicanos en protesta a esta construcción ocupó espacios considerables en los diarios nacionales, y yo le di seguimiento vía Internet; sin embargo, en el Toronto Star, el diario más grande de esta ciudad, mereció solamente una mención de un párrafo entre las noticias curiosas de otros países. Si la intención hubiera sido para alertar a todo el mundo interesado en la cultura y en los patrimonios históricos de la humanidad, y pedir que ellos ejercieran una mayor presión desde el extranjero sobre las autoridades mexicanas, tal vez el resultado conseguido habría sido mayor. Así como los gringos no construirían un Wal-Mart junto al Ground Zero, ni los canadienses al lado de las cataratas del Niágara, nosotros tenemos que saber defender nuestro patrimonio, y si nuestras autoridades se hacen ciegas o sordas a nuestra petición, es necesario hacer un escándalo que rebase nuestras fronteras, para poner en evidencia la ignorancia y corrupción de nuestros líderes. Estoy segura de que las personas



Iris Aldegani

responsables que aman México, como Homero Aridjis y Francisco Toledo, y quienes con ellos firmaron esta carta, están haciendo todo lo que pueden para evitar que este supermercado abra sus puertas. Es indispensable que el resto de la población se una a su esfuerzo. Yo quiero el Teotihuacan de mis recuerdos, de aquella mañana de enero, para mostrárselos a mis hijas y sorprenderlas con su grandeza. Quiero seguir escuchando de boca de los turistas que han visitado este lugar, que para siempre recordarán la belleza y majestuosidad de su arquitectura y los campos que la rodean.

De México son las pirámides, las grandes culturas prehispánicas, Sor Juana, los palacios coloniales y del Porfiriato –que lamentablemente la ciudad se ha ido comiendo–, Octavio Paz con su Nóbel que nos honra; nos pertenecen Frida Kahlo y Diego Rivera y Rufino Tamayo, y tantas construcciones bellas y tantas obras de arte, tanta gente talentosa que ha escrito nuestra historia y nos ha dado una identidad única, que cuando voy a mi universidad canadiense y veo la admiración con que se estudia y analiza lo nuestro me hincho de orgullo, porque de ese México soy, y ese México quiero. Desde aquí alzo mi voz para unirme a los cientos de otras protestas que ha habido en contra de este Wal-Mart en territorio teotihuacano, a menos que a última hora prometan un foro donde, el día de la inauguración, podamos realizar un sacrificio humano, y nos dejen llevar a cabo una ofrenda masiva donde nos deshagamos de los irresponsables, vendepatrias, nacos que firmaron el permiso de construcción: yo voy contra aquellos abajofirmantes que se ampararon en la no-existencia de una ley que, aunque no exista, debería ser oficial desde siempre por puro sentido común, porque con su acción vendieron también el Teotihuacan que yo tenía soñado para mis hijas, para mí, para toda nuestra descendencia, para nuestro futuro y para nuestro orgullo. Semejantes afrentas deberían ser castigadas, todavía, con sangre derramada en obsidiana. 🐾